

LOS EXILIOS DE LAS MUJERES

“Una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir novelas.” Virginia Woolf

¿Cuál ha sido la habitación propia de las mujeres? ¿En que tierra habitan y de dónde son expulsadas, desterradas, puesto que hablamos de exilios? ¿Hay un exilio específicamente femenino?

El ser humano habita el territorio de la palabra: somos porque hablamos, porque hemos sido habladas, nombrados. El ser que nos representa y con el que nos identificamos procede de que alguien nos reconoció, otorgó una significación, una identidad a nuestros movimientos, a nuestros gestos, supuso la existencia de un sujeto allí donde no había más que reacciones inconexas, donde había una nada, una falta de ser original que permitió que el ser nos fuera donado y recibido pasivamente porque carecíamos de él. La vida y la existencia dependen necesariamente, por tanto, de la **relación con otro** porque lo que está en la base de esta necesidad de relación es la insuficiencia, el desamparo con el que el sujeto humano viene al mundo, desprovisto del bagaje de instintos del que están dotados los animales y que le obliga a depender de otro para vivir.

Este es el exilio constituyente del sujeto, el modelo en el que se asienta toda conducta o relación humana que, exiliada de la inmediatez de la naturaleza, busca el cobijo de la palabra, palabra que nos permite reconocernos y tener una identidad propia, así como dotarnos de leyes y normas que regulen las relaciones. Pero nos encontramos con que tanto la identidad como la normativa social no tienen en cuenta aquello que las funda: que para nuestra especie **no existe la respuesta o la verdad última**, adecuada y completa, que el ser que creemos ser no es estable ni unitario, y que no hay una relación directa con los objetos porque todo ello implicaría la existencia de un mundo natural del que precisamente el lenguaje nos arranca, nos expulsa. Lo propio de lo humano es que esa falta (de ser) inaugural que nos constituye nunca puede ser rellenada del todo, de una vez y para siempre. En ella, en la falta, radica la posibilidad de creación, de transformación de las realidades dadas, la posibilidad de que siempre haya algo más que decir, pensar, imaginar acerca de cualquier hecho, situación o acontecimiento. Esto se sostiene en una lógica o **ley humana, la del deseo**, ya que no habría nada que decir, desear, anhelar o cambiar si nada faltase.

Para cualquier ser humano, la ineludible emergencia de lo que no está enmarcado por la totalidad y la identidad imaginada, de lo marginal, de lo que no encaja con lo esperado, instaura una discontinuidad en la línea del ser y del saber adquirido, una fisura en el campo del yo. Esta fractura, índice del deseo, de la vertiente creadora del sujeto, puede tornarse en fuente de malestar, síntomas y sufrimiento cuando el esfuerzo del yo -por la angustia inevitable que provoca lo desconocido-se concentra en tratar de readaptar lo que se muestra inadecuado y contradictorio con las ideas y experiencias anteriores. De ahí que lo marginal, en el sentido de producto de la singularidad, pueda llegar a convertirse en

marginación (exclusión, destierro), personal y social, como efecto de la **solidificación de un determinado saber sobre el ser**.

La idea que quiero transmitir es que **lo particular del exilio femenino** proviene de que **las mujeres**, colectiva y subjetivamente, están **exiliadas en La Mujer**, en un modo determinado históricamente de entender el ser mujer; es decir, que las mujeres están desterradas en una identidad o imagen de sí mismas, sólida y precisa, a la que se han tenido que adecuar para ser.

Las maniobras de **esencialización o sustancialización del ser de las mujeres** han sido variadas según la época en la que nos situemos, y responden a la necesidad que tiene cualquier sistema (social, moral, político, científico...) de demarcar y definir lo que no es igual a uno, al "nosotros", lo que no está incluido en el centro del propio sistema. Por tanto, cualquier realidad sociocultural se constituye por oposición, sometimiento o marginación de aquello que no se adecua a los ideales y valores vigentes en un momento histórico concreto. Las condiciones de existencia e identidad de una sociedad determinada se basan en la exclusión, en la segregación de lo heterogéneo, lo otro, lo que no encaja en el cuerpo central de saberes, ideas y criterios de verdad y falsedad existentes.

Lo que queda fuera del sistema, **lo marginal** viene entonces a trazar los límites, las fronteras que sostienen y enmarcan el discurso social, político y cultural establecido. Desde esta perspectiva podemos situar porqué **la mujer aparece como síntoma o malestar de la cultura**, como lo Otro de lo Uno, como un producto marginal y al tiempo marginado colectivamente, en tanto que su figura, por más que se la pretenda encerrar en el lugar común (tópico), no deja de representar lo extraño, lo desconocido, lo no como-uno, impugnando insistentemente la ilusión de saber y completud.

Dice Dolores Juliano: "La inseguridad producida por la caída del determinismo instintivo y su reemplazo por la estrategia del aprendizaje coloca al ser humano en la historia y en lo contingente, a diferencia del animal cuyas conductas estereotipadas lo remiten al continuo presente de la naturaleza. De esta forma, una manera posible de obtener seguridad, es decir, de poder pensar que las cosas permanecerán estables, que no devendrán, es **biologizar las conductas**. No es extraño que los sectores dominantes de cada sociedad, conscientes de su propia historicidad –es decir, de la inestabilidad de sus logros- procuren explicar en términos biológicos la conducta de los sectores subordinados ya que de esta manera, al suponer estable uno de los elementos del binomio subordinación/dominación, indirectamente pueden pensar como estable el otro: el propio."

La noción de **biología** aplicada a las mujeres comporta un claro prejuicio de género puesto que normalmente se utiliza cuando se habla del sexo femenino, pero no del masculino. La biología es una metáfora moderna de una vieja creencia: que los hombres son el sexo "principal" y las mujeres el "otro sexo".

Si hacemos una breve referencia al **pensamiento ilustrado**, momento en el que entra en juego un **paradigma de igualdad** pretendidamente

universalizador, nos encontramos con que, de nuevo y como en otras épocas de la historia, se siguen creando criterios de exclusión de las no-iguales, las mujeres. Y nos encontramos con que la generación de tales criterios pasa por una esencialización que convierte en pertinentes las diferencias de sexo justificando una desigualdad manifiesta por el procedimiento de **naturalizar** esas diferencias.

Como señala Ángeles Jiménez Perona en *Diez Palabras Clave sobre Mujer*, este argumento que apela a la naturaleza para fijar una desigualdad dentro de un paradigma igualitarista se pone de manifiesto en pensadores como Kant y Rousseau cuando elaboran sus respectivos conceptos de igualdad. Kant, por ejemplo, no afirma que las mujeres carezcan de razón por naturaleza, no son asimiladas a los animales; para Kant las mujeres forman parte del género humano con todas sus facultades. Sin embargo, esta igualdad queda disminuida cuando se atiende a la función que cada sexo cumple y debe cumplir **por naturaleza**. El fin de la naturaleza al instituir la feminidad es, en primer lugar, la conservación de la especie, lo cual conlleva que las mujeres sean dependientes por naturaleza de la protección masculina, incluso en lo intelectual y en lo político; en segundo lugar, la feminidad sirve para preservar la cultura social y el refinamiento de las costumbres. Esto es, aunque la naturaleza ha dotado a las mujeres de la facultad necesaria (la razón) para adquirir cualquier tipo de conocimiento, ellas no deben desarrollar ese uso de la razón pues de hacerlo irían contra el plan de la naturaleza.

Rousseau, por su parte, presenta en el *Emilio* su ideal de ciudadano y muestra a Sofía, el modelo de compañera del ciudadano: pero ella no es ciudadana a causa de una manifiesta inferioridad natural que le impide instruirse para desarrollar las tareas características de lo que a partir de este momento será el nuevo espacio público y político propugnado por la Ilustración.

Así pues, aunque el feminismo es un producto ilustrado, tanto en sus raíces históricas cuanto en sus pretensiones reivindicativas, la Ilustración no cumple sus promesas en cuanto al ámbito de la mujer se refiere. Apartada de la racionalidad, del contrato social, de lo público, de las prerrogativas de la ciudadanía, la mujer sigue siendo considerada como pasión, naturaleza... aquel refugio de lo originario previo al ámbito propiamente humano de lo social y civil. Las “**extranjerías indispensables**”, como apunta Dolores Juliano, puesto que quedan reducidas a ser hijas, esposas y madres de ciudadanos, careciendo ellas mismas de un reconocimiento de su condición de ciudadanas. La maternidad, designada como el **rol femenino por naturaleza** y considerada de utilidad para la conservación del sistema social, ha sido el principal apoyo para sostener la división sexual del trabajo que se traduce en la mayoría de las sociedades en una desigual valoración social y económica otorgada a las funciones que unos y otras desempeñan, valoración que se realiza inequívocamente en perjuicio de las mujeres. Así, un tal John Langdon Davies puede llegar a hacer la siguiente declaración (recogida por V. Woolf): “Cuando los niños dejen por completo de ser deseables, las mujeres dejarán del todo de ser necesarias”.

Por tanto, extranjeras indispensables y **apátridas** puesto que patria es la tierra del “pater”. Mujeres desterradas al lugar de sobra conocido, el de La mujer, que impide la construcción de un territorio habitable, de un lugar propio, de una habitación propia.

Virginia Wolf: “As a woman I have no country, as a woman I want no country.
As a woman my country is the whole world”

Como aclara la autora antes mencionada, Ángeles Jiménez, **no es lo mismo desigualdad que diferencia**. La igualdad admite diferencias pero no, como es obvio, desigualdades. Mientras que **la desigualdad supone discriminación y privilegio, la diferencia implica diversidad**. Pero observamos a lo largo de la historia cómo la diferencia ha sido utilizada como punto de apoyo para la desigualdad, pasándose a pensar que las mujeres son lo enteramente diferente del prototipo de humanidad, que está representado por los varones.

Y podríamos aquí añadir lo que afirma Victoria Sau: que es la discriminación femenina la que ha servido de modelo a todas las otras discriminaciones y no a la inversa. Así, un hombre o conjunto de hombres está discriminado cuando se lo trata en algunos aspectos como la sociedad trata normalmente a las mujeres.

Retomemos en este punto otra cita de Virginia Woolf: “Para los dos sexos, la vida es ardua, difícil, una lucha perpetua. Requiere un coraje y una fuerza de gigante. Mas que nada, viviendo como vivimos de la ilusión, quizá lo más importante para nosotros sea la confianza en nosotros mismos. Y ¿cómo engendrar lo más deprisa posible esta cualidad imponderable y no obstante tan valiosa? Pensando que los demás son inferiores a nosotros. Creyendo que tenemos sobre la demás gente una superioridad innata, ya sea la riqueza, el rango, una nariz recta o un retrato de un abuelo pintado por Romney, porque no tienen fin los patéticos recursos de la imaginación humana. De ahí la enorme importancia que tiene para un patriarca que debe conquistar, que debe gobernar, el creer que un gran número de personas, la mitad de la especie humana, son *por naturaleza* inferiores a él (...) Durante todos estos siglos, las mujeres han sido espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre de tamaño doble del real”.

La **apelación a lo natural**, que como hemos planteado es una de las maniobras o estrategias del poder para convertir la diferencia en desigualdad, encuentra a su vez una eficaz aliada en la potencia de la imagen pues su característica principal es que, como dice José Luis Pardo, de puro evidentes **las imágenes se hacen invisibles** (“la imagen es una evidencia que se hace invisible a fuerza de mostrarse”), es decir, no nos damos cuenta de que no las vemos y por eso terminamos aceptándolas como indiscutibles.

En términos generales, una **imagen** es una construcción social, un conjunto de representaciones que definen y hacen entendible una realidad, un objeto, una persona... Las imágenes son imprescindibles, nadie puede vivir sin una imagen de sí misma y del mundo pero cuando esas imágenes se solidifican acaban convirtiéndose en una cárcel, en un encierro, en algo que aparece como una

verdad que no admite refutación, que dice tan claramente cómo hay que ser que no permite interpretaciones, ideas nuevas, percepciones diferentes....

El **género femenino**, lo que tradicionalmente se ha construido en torno a lo que debe ser una mujer, es la imagen, el estereotipo al que las mujeres se han tenido que adecuar para ser, porque además la imagen implica existencia, reconocimiento, es decir, 'eres (alguien) si te atienes a lo que se espera de ti'. Además, si tomamos en cuenta la ausencia de reconocimiento, de valoración social que históricamente han sufrido las producciones y las obras de las mujeres, tenemos otro elemento para pensar cómo la reducción a la invisibilidad de las elaboraciones y expresiones femeninas ha de estar enlazada con la **solidez de la imagen** que envuelve a la mujer. Dirá Ortega "*la excelencia varonil radica (...) en un hacer; la de la mujer en un ser y en un estar. O con otras palabras: el hombre vale por lo que hace, la mujer por lo que es*"

Esta característica que posee la imagen para combinar lo evidente -en tanto obvio e incuestionable- con lo invisible y, por tanto, difícilmente transformable, esta evidencia invisible propia de la imagen, decía, proviene de la **tendencia humana a naturalizar las realidades** y las construcciones sociales, considerándolas inalterables. Como dice Lydia Gómez, las imágenes aspiran a definir la realidad, a congelarla y encasillarla como en una fotografía, restándole valor a las determinaciones históricas y generando la ilusión de que esa realidad o esa situación 'siempre ha estado ahí'. La definición de **estereotipo** es: "imagen o idea comúnmente aceptada por un grupo o sociedad con carácter inmutable". Y tenemos constancia cotidiana de cómo la sociedad encuentra naturales e inmutables los estereotipos sobre las mujeres.

Reflexionemos ahora acerca de los atributos, estereotipos y modelos sociales que tradicionalmente se han asignado a las mujeres en razón de su sexo biológico con la pretensión de conformar su imagen y cuyas consecuencias, aun con ciertas modificaciones, llegan hasta nuestros días. Uno de estos estereotipos, quizá el principal, es la confusión o **identificación entre el ser madre y el ser mujer**, que conlleva una determinada visión de la maternidad como algo que acerca a la mujer a la naturaleza, a la biología y al campo de la afectividad (y en contraposición, el varón se asocia con la cultura y la razón). De este deber infinito de ser sobre todo madre se derivan el resto de las 'virtudes' históricamente asociadas a las mujeres: su especial sensibilidad, su capacidad de sacrificio y abnegación, su conservadurismo, su tendencia a la impulsividad, su receptividad, su naturaleza imprevisible, su dificultad para el razonamiento abstracto, su habilidad innata para el ámbito doméstico y, en consecuencia, su ineptitud para el ámbito público..., propiedades todas ellas que abonan el campo de la dependencia del hombre a nivel afectivo, económico y vital.

Como plantea Lydia Gómez, la imagen de madre y la función de la maternidad han cubierto, por tanto, el cuerpo de la mujer desposeyéndolo de deseos sexuales y reduciendo lo que tiene que ver con el amor en la mujer al amor romántico o a la corriente de ternura. Hasta no hace mucho tiempo, una mujer que expresase un deseo sexual abiertamente era objeto de crítica. En el

encuentro sexual, las pautas en uso marcan que la mujer ha de mostrarse o bien pasiva, como un objeto de goce del varón o, por el contrario, dominante y agresiva a la manera del modelo masculino.

En el campo de la **imagen del cuerpo**, el ideal de belleza de nuestra época es el de un cuerpo joven, delgado, sometible a prácticas quirúrgicas o protésicas para adaptarlo al patrón estético imperante en nuestra sociedad de consumo. La publicidad que nos invade y nos ciega cada día es sólo una muestra actualizada del poder que ejercen las imágenes sobre el diseño de nuestra vida y podríamos llegar a pensar, como señala Lydia Gómez, que “esta presión del campo estético ejercida prioritariamente sobre las mujeres apunta a la restauración de una jerarquía, como si de una estrategia de control social se tratase, para volver a situar a las mujeres en un lugar secundario y bajo vigilancia, sustituyendo el anterior encierro en lo doméstico por el cautiverio en lo estético”

En la actualidad, si bien siguen vigentes los atributos que han adornado históricamente al género femenino, gracias a los avances en el campo del igualitarismo democrático estos se han ampliado y adaptado a los nuevos tiempos, y ahora, además de ser una buena madre y ama de casa, trabajadora y profesional, se le exige a la mujer que esté guapa y seductora. Nos encontramos así con una llamada a la **omnipotencia** como el destino previsto para la mujer, que ha de sentirse plena y satisfactoria en todos los ámbitos de la vida. De ahí a la sensación de impotencia e incapacidad para adecuarse a las exigencias de un modelo genérico, que no contempla la singularidad del una por una, no hay más que un paso.

Así pues, la imagen, aliada de la naturalización del ser, es usada como un instrumento más de segregación y control social, y de perpetuación del discurso del poder. Y en correlación con este confinamiento a la evidencia de la imagen, la mujer es invisible en el lenguaje, se la borra de él y se la incluye en el universal masculino. Como señala Lydia Gómez siguiendo a Lacan, **la mujer no existe...** pero insiste por existir. Es decir, no existe la mujer como categoría universal, se resiste a existir ahí encerrada e insiste por existir más allá. Y de ahí precisamente arranca la posibilidad de **atravesar la imagen de la mujer** y empezar a escuchar la palabra de las mujeres, una por una -y no ya desde el universal genérico, desde la generalidad sin nombre propio- puesto que, si bien lo invisible cabalga sobre lo evidente, lo consistente, lo natural y corre el peligro de la inexistencia, no por ello deja de insistir y de tener efectos.

La imagen es de la mujer pero la palabra es de las mujeres.

Esta tendencia al absolutismo de la imagen de la que estamos hablando, en tanto afán por encasillar sujetos y realidades, no deja de ser una aspiración, por suerte fallida, ya que **lo propio del ser humano** es no detenerse ni encajonarse en las clasificaciones, no conformarse con lo que le viene dado por más que en nuestra búsqueda de seguridad y estabilidad para el ser, nos hagamos la ilusión de que este ser perdura y permanece idéntico a sí mismo, que no cambia. Esto es así porque los sujetos humanos, hombres y mujeres,

contamos con la posibilidad de interrogar lo conocido y evidente, y con la capacidad para crear, destruir y transformar la realidad.

En la disposición, que desde el psicoanálisis llamamos **posición femenina** como homenaje a la posición ocupada históricamente por las mujeres, en la disposición, decía, a hacer visible lo que se oculta al amparo de la costumbre, en la capacidad para despojarse de las imágenes y escuchar lo que se desconoce, para indagar en lo que no está claro o no se termina de entender, (para apropiárselo y transformarlo), las mujeres tienen cierta ventaja, por **dos encrucijadas corporales** que veremos a continuación (y que, a su vez, las convierten colectiva y singularmente en destinataria de la violencia masculina.)

La posibilidad de interrogar lo evidente, de curiosear en lo comúnmente aceptado y establecido implica estar dispuesto a renunciar a las imágenes conocidas en las que se apoya la propia identidad (el "yo soy" con el que nos manejamos en el mundo), y en esto las mujeres salen favorecidas no sólo porque los "seres" que se nos han atribuido no se hayan caracterizado precisamente por su dignidad ni magnificencia sino, sobre todo, porque además cada mujer porta en su cuerpo la capacidad para desdoblarse, para ser dos a través de la **maternidad**, experiencia que la hace ser otra para sí misma, que le permite no reconocerse en una sola imagen y, por tanto, no dar mucho crédito a las apariencias.

Así pues, por un lado, la experiencia de la maternidad, a pesar del mandato social que trata de fusionar el ser madre con el ser mujer, conduce a un desdoblamiento, a una división íntima en la que la función de madre no agota todas las vivencias, anhelos e ideas de una mujer, no abarca totalmente la subjetividad femenina. Por otro lado, la **diferencia de los órganos genitales** entre hombres y mujeres ha sido considerada desde el engañoso discurso masculino de las apariencias como una deficiencia de la mujer, como algo que a ella le falta, que le hace estar incompleta, que determina su esencial debilidad, su inferioridad y su necesidad de la ayuda y los cuidados del varón.

Hacer ideología con la diferencia, convertir aquello que no es más que mera diferencia en error, en fallo, es un elemento más de la manipulación que se ejerce desde el discurso dominante, construido con valores masculinos, para generar y promover la dependencia de la mujer, a partir de infiltrar esta idea de la insuficiencia femenina. La tendencia a atribuir valores a la diferencia la reduce a una comparación dentro del mismo patrón de medida, y así aparecen los calificativos de que la mujer es algo más o menos que el hombre (más vulnerable, menos competitiva), pero tomándole siempre a él, al género masculino, como punto de referencia. Sin embargo, **diferencia no es lo mismo que carencia o déficit** y la diferencia entre hombre y mujer alude solamente a que hay algo no idéntico, algo que no es igual, y es precisamente esa distancia, esa **diferencia** que hay entre unos y otras (y entre cada ser humano tomado uno/a por uno/a) la que **permite el vínculo** y la relación entre los sujetos. Además, la diferencia es una noción estructural, entrañada en la propia ley del lenguaje, que en último término se refiere a la imposibilidad radical de adecuación entre el símbolo (la palabra) y lo por él representado (el objeto).

A la mujer, este mismo hecho de estar marcada por una falta en el supuesto 'todo' masculino, la coloca en mejores condiciones para no fiarse de las apariencias, para sostener una perspectiva relativizadora y abierta a lo enigmático, pues lo que la mujer tiene (sus genitales) no se ve pero existe e insiste en señalar que el orden de la apariencia, **la pretensión de totalidad de la imagen no es todo lo que hay**, que la imagen no es expresión de un todo por sí misma sino que, en el centro de ese todo ilusorio, anida una falta que actúa como motor para el cambio, para la transformación.

Esta particularidad de la posición femenina que habilita a las mujeres para rebatir el poder de las apariencias, para interrogar lo que se da por obvio y entendido, para buscar explicaciones ("las mujeres siempre le buscan tres pies al gato"), para contar con lo que falta por decir, crear o imaginar en el supuesto todo, es lo que más irrita al otro sexo, acostumbrado a sostener su identidad precisamente en la posición contraria, en la de que al todo no le falte nada. Por eso, las mujeres se convierten en un **objetivo privilegiado de la violencia masculina**, porque su misma presencia delata la imposibilidad radical, también para él, de construir una imagen completa, un saber absoluto que dé cuenta, que explique, de una vez y para siempre, cualquier realidad humana.

Como dice Robert Levy en *Lo real en el cuerpo*, "el odio y la violencia contra la mujer se enraíza en dos vertientes: 1º, en tanto que ella hace presente el horror a la castración y 2º, en tanto que ella es esa otra que goza de una manera que no es accesible a los hombres. En el horizonte de cualquier persecución racial se trata de un goce que el otro nos roba. Por eso, la mujer es su representante por excelencia".

La presencia de "lo mujer" pone de manifiesto que **el ser que nos representa no lo hace del todo**, señala que siempre nos falta algo para llegar a ser, marcando insistentemente, frente a la ilusión de que todo puede ser representado, que hay algo que escapa a la simbolización. Por su parte, el apoyo, el encierro en el ser es la condición de explicación del mundo y, por eso, el ser se presenta siempre desde la **posición masculina**, desde la creencia en que lo ya instituido determina y explica lo pasado y lo por-venir.

Cuando hablamos de **posición femenina** como aquella que permite cuestionar las realidades preestablecidas y contar con lo que falta para crear algo nuevo, estamos refiriéndonos a una **posición vital** que pueden ocupar, en un momento determinado, tanto un hombre como una mujer, y no a una característica vinculada esencialmente al sexo biológico masculino o femenino. La parte femenina de los seres que hablan hace alusión, como hemos planteado, a la vertiente creadora y transformadora del sujeto, que toma en consideración lo marginal, lo extraño que insiste por formularse, por simbolizarse, porque no todo está dicho de una vez y para siempre. Es esta posición la que permite desvelar las imágenes mil veces reproducidas y escuchar lo que se desconoce, a diferencia del saber consciente y organizado que no tolera escuchar más que lo ya sabido, modalidad ésta vinculada a la **posición masculina** de inserción en el mundo, en el discurso.

Tanto hombres como mujeres son **prisioneros del género** de maneras diferenciadas pero relacionadas entre sí. Sin embargo, esto no quiere decir que ocupen un status equivalente. Las relaciones de género constituyen formas de dominación y no se puede negar el hecho de que los hombres como colectivo ocupan una posición superior y ejercen una dominación sobre la mayor parte de las mujeres en la mayoría de las sociedades. Precisamente por eso, por la necesidad de preservar ese lugar de privilegio, los hombres tienden a permanecer en el terreno de lo conocido, a acomodarse en lo ya representado, reproduciendo así los enunciados personales y sociales que les designan, reiterando las evidencias que les identifican.

La pretensión de que existe una identidad genérica compartida por todas las mujeres define a la mujer como una unidad natural, y en contraposición a la lógica de lo masculino. Pero habría que destacar que la función materna (aquella que otorga un ser, una identidad allí donde no lo hay) se ejerce precisamente en la línea de la transmisión y conservación del orden simbólico y cultural, es decir, en la línea del saber, del pensamiento 'masculino', del campo de las imágenes de totalidad y del discurso común, general; es decir, la **función materna** es un función solidaria con la cultura que puede ser ejercida por cualquier personaje familiar, y que **se ejerce desde la posición masculina** del discurso, desde la parte masculina de la subjetividad.

El estilo irónico y sugerente de Virginia Woolf nos acompaña de nuevo en este punto para ilustrar la posición masculina -adscrita al empeño de un saber totalizador- y encarnada en el discurso universitario y científico, en contraste con una posición de apertura hacia lo no contemplado por el saber organizado, instituido. "El estudiante que ha aprendido en Oxbridge a investigar sabe, no cabe duda, cómo conducir como buen pastor su pregunta, haciéndole evitar todas las distracciones, hasta que se mete en su respuesta como un cordero en su redil. El estudiante que tenía al lado, por ejemplo, que copiaba asiduamente fragmentos de un manual científico, extraía, estaba segura, pepitas de mineral puro cada diez minutos más o menos. Así lo indicaban sus pequeños gruñidos de satisfacción. Pero si, por desgracia, no se tiene una formación universitaria, la pregunta, lejos de ser conducida a su redil, brinca de un lado a otro, desordenadamente, como un rebaño asustado perseguido por toda una jauría".

Como plantea Lydia Gómez, este modo 'mujer' de mirar el mundo interrogándolo, yendo más allá de las certezas inmediatas e irrefutables, esa curiosidad que insiste en buscar explicaciones alternativas, atenta contra la seguridad acerca de la propia identidad del hombre y del orden social masculino, y es muchas veces vivida como una agresión que desencadena la violencia, **violencia** que emerge como un movimiento de **defensa frente al peligro de la ruptura de un orden dado**.

Para el orden patriarcal, **el peligro que encarnan las mujeres** ha llevado históricamente a perseguirlas hasta la hoguera, identificarlas con lo inmundo y el pecado, idealizarlas en el amor romántico como damas pasivas, modestas y discretas, convertirlas en musas inspiradoras o entronizarlas como amas de casa y reinas del hogar. Es decir, ha conducido a ejercer la **violencia de la**

imagen para mantener a las mujeres bajo control en una estructura basada en la relación de sometimiento y de dependencia de otro.

El trabajo realizado a lo largo de las últimas décadas por el **pensamiento feminista** y de género para hacer visible que hay una **violencia estructural** en la propia organización social que legitima el uso de la violencia contra las mujeres, es el primer paso, necesario e importante, para poder empezar a tomar medidas, porque no se puede pensar ni intervenir si no es sobre aquello que se ha hecho observable, constatable, que ha dejado de ser considerado como natural y normal. Este es un trabajo que ya ha dado frutos y, gracias al cual, en la actualidad hay un mayor nivel de reconocimiento ante las reivindicaciones de las mujeres y una mayor sensibilidad social (aunque no efectividad real) hacia problemas tan graves como el de la violencia doméstica.

Por otro lado, y exceptuando a aquellas que tienen acceso al campo de las producciones sociales, la gran mayoría de las mujeres hablan, siguen hablando desde los márgenes, desde la periferia del discurso central y masculino, acerca de las cosas que les conciernen. La dificultad para que la sociedad escuche sus propuestas, ideas, cuestionamientos o malestares, para que las tenga en cuenta o simplemente las reconozca como tales proviene tanto de la desvalorización de su palabra en tanto sujetos como de la pregnancia imaginaria del ser mujer. Falta todavía **escuchar la voz de las mujeres** que (no están involucradas explícitamente en movimientos feministas y que sin embargo), desde su quehacer cotidiano, en su entorno familiar o laboral más próximo (como plantea Dolores Juliano), usan sus propios recursos y estrategias no tanto para luchar contra el sistema establecido sino para plantear alternativas innovadoras, mejorar sus condiciones de vida, renegociar su status familiar..., consiguiendo así objetivos concretos y singulares que promueven cambios, todo ello desde su propia cultura y tradición. Es decir, mujeres que mantienen viva la llama de la posición femenina y a las que no tenemos generalmente oportunidad de escuchar.

Quizá en esta época que nos toca vivir se trataría (para las mujeres) de apostar por convertirnos en agentes de cambio desde nuestra propia historia, y esto solo puede realizarse teniendo en cuenta que la presencia de lo femenino, de *lo mujer*, o lo que es lo mismo, lo propio de la condición humana, es no quedar encasillado en una clasificación ni conformarse con lo que le viene dado. Clarificar que la posición femenina no es privativa de la mujer permite además situar la **responsabilidad de las mujeres** frente a su propia realidad sin dejarlas recluidas en el papel de víctimas, paso previo a cualquier transformación que se pueda operar sobre esa realidad.

La palabra **transformación** hace referencia a la posibilidad de contar con la propia historia, con lo que a cada una le ha sido legado y tomar en consideración lo actual para construir lo por-venir. Transformar, en este sentido, no es oponerse a lo establecido o romper con las imágenes imperantes, lo cual no hace más que perfeccionar el sistema— Judith Butler reflexiona en este sentido acerca de «cómo adoptar una actitud de oposición ante el poder aun reconociendo que toda oposición está comprometida con el mismo poder al que se opone». Transformar conlleva un proceso de

elaboración personal que, eso sí, tiene efectos en la colectividad. **Transformar en enigmático todo aquello que nos resulta evidente** o, como dice Jane Flax, “hacer que lo conocido resulte extraño y necesite explicación”, **es el primer paso para dejar de ser objeto pasivo de la historia** que nos ha sido hecha.

Para terminar, solamente insistiría en señalar que para todo sujeto, hombre y mujer, la existencia se arriesga en la aventura de conjugar los **dos polos** o tendencias entre los que transita el ser humano: la **igualdad** y la **diferencia**. Igualdad que alude al campo de la seguridad, de la identidad, de los derechos y la equiparación social, y que se sostiene en la exigencia universal de comunicarnos y representar el mundo por medio del lenguaje. Y el polo de la diferencia, donde lo que se despliega es el campo de la singularidad, de la libertad, de lo contingente, la posibilidad de creación de un nuevo sentido para lo ya dicho, campo sostenido en la imposibilidad de que lo dicho sea todo lo que puede llegar a decirse.

Perdida la relación adecuada y armoniosa con lo natural, al sujeto humano no le queda otra opción que construir su realidad con los mimbres de la articulación simbólica, cuya virtud es la de dotarnos de una estructura universal a través de la cual cada sujeto, uno por uno y una por una, escribirá su historia sobre un fondo y un soporte vacío de contenido. Y, por cierto, ¿no a esto a lo que se refiere Virginia Woolf, cuando dice que una mujer debe tener dinero y una habitación propia para poder escribir?

Marzo de 2004
Beatriz Molina Gabriel y Galán

BIBLIOGRAFIA

- Amorós, C. (1995) *Diez palabras clave sobre mujer*. Ed. EVD. Navarra.
- Ingala, A., Gómez Valverde, L., Mijares Sierra, M.C., et al. (1992) *¿Por qué juegan los niños? Psicoanálisis - Teoría y Praxis*. Editado por C.E.P.Y.P. y subvencionado por el Mº de Asuntos Sociales. Madrid.
- Ingala, A. *Cuidado y Condición Humana*. Ponencia presentada en las Jornadas sobre: El Cuidado en Enfermería desde la Interdisciplina. Organizadas por CEPYP-UNO y realizadas en el Hospital N^oS^a de Alarcos. Octubre-noviembre de 2000. Ciudad Real.
- Gómez Valverde, L. *Hablamos porque somos habladas*. Clase en el Master del proyecto NOW de la Universidad Jaume I de Castellón.
- Gómez Valverde, L. *Mujeres: Violencia de la identificación a un silencio que se hace creación*. Ponencia presentada en el II Taller Internacional: Mujeres en el umbral del siglo XXI. Universidad de la Habana.
- Gómez Valverde, L. *Otra forma de violencia: el corsé de las imágenes*. Ponencia presentada en el Congreso: La violencia impide la igualdad. Organizado por el Servicio Galego de Igualdade. Santiago de Compostela, 24 y 25 de mayo de 1999.
- Gómez Valverde, L. *La mujer no existe... insiste por existir*. Revista Asparkía nº 6. Ed. Publicaciones de la Universitat Jaume I de Castellón. 1996
- Juliano, D. (1998) *Las que saben. Subculturas de mujeres*. Ed. Horas y Horas. Madrid.
- Lacan, J.(1981) *Seminario XX: Aún*. Ed. Paidós
- Pardo, J.L. (1989) *La banalidad*. Ed. Anagrama. Barcelona
- Tubert, S. (1988) *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Ed. El Arquero. Madrid
- Woolf, V. (1986) *Una habitación propia*. Ed. Seix Barral. Barcelona